



Atardeceres desde la cubierta del edificio. La cámara estenopeica fue colocada en este caso hacia el oeste y de forma vertical para disminuir la deformación de la perspectiva en el horizonte. Los edificios aparecen perpendiculares con una perspectiva más natural frente a otras solarigrafías con perspectiva de gran angular. Se observan las huellas dactilares de la autora en la parte superior de la imagen. De nuevo, la solarigrafía nos permite contemplar de manera inédita un rincón reconocible del paisaje urbano de Madrid. En la parte inferior de la imagen, las siluetas de los árboles nos sitúan en el jardín del Consejo Escolar del Estado. El haz de luz que proyecta el cielo se eleva por encima de las torres de la Plaza de España trazando un arco que permite resaltar sus imponentes alturas. En el fondo, el cielo se ilumina con luces verdes, azules, blancas y amarillas que contrastan con la oscuridad de los ángulos superiores de la imagen.

Tiempo de exposición: del 25 de abril al 19 de julio de 2023.



NIÑOS, NIÑAS Y ADOLESCENTES SOMOS POTENTES CIUDADANOS Y CIUDADANAS DEL AHORA

La participación en los centros educativos.

Francisco Javier Vera Manzanares

Asesor infantil del Comité del Derechos del Niño de la ONU

El Consejo Escolar del Estado ha querido contar con la voz de Francisco Vera Manzanares dado su compromiso social con la defensa del medioambiente y por haberse convertido en una voz influyente internacionalmente de implicación y participación desde la infancia.

El planeta en el que vivimos es un lugar único y sin igual. La Tierra es el único cuerpo astronómico con vida que conocemos, una vida sumamente diversa y bella. Esta vida abundante es la *biodiversidad*, que se expresa en infinidad de colores, formas, tamaños y otras cualidades que hacen única cada forma de vida que habita nuestro planeta.

No obstante, de un tiempo para acá hemos perdido la noción del valor de la vida, que cada vez se degrada más. Tal vez la razón sea que miramos lejos, hacia las estrellas, y se nos olvida dónde tenemos los pies puestos: en la Tierra.

Desde la Revolución Industrial hasta nuestra época, nuestro modelo de producción y consumo ha generado una serie de cambios como el que viene experimentando el clima. Las generaciones que nos han antecedido quizás tuvieron el privilegio de habitar un planeta más sano y limpio, un planeta sin el plástico que hoy encontramos en las nubes y en los océanos, y que incluso está presente en nuestro torrente sanguíneo. Un planeta en donde los nevados aún tenían suficiente nieve.

Al parecer, han quedado para el recuerdo las fotografías de especies que algunas personas pudieron conocer, como el rinoceronte negro occidental, el delfín de Baiji o el guacamayo de Spix.

Empezamos a declararle la guerra a la vida y hoy esta guerra nos está pasando factura. Además, no es este el único problema que tenemos como sociedad

en este momento de la historia: hoy, mientras lees este artículo, se están librando guerras y conflictos bélicos en muchos lugares de nuestro planeta, hay pobreza, desigualdades y enfermedades. Estos problemas, que aquí solo menciono rápidamente, tienen impactos sobre todos y todas, aunque no nos impactan en la misma proporción. Por poner un ejemplo: el cambio climático afecta a todo el globo, pero sus impactos y consecuencias varían dependiendo de factores como la edad, la procedencia geográfica y el género. Si eres un hombre que vive en un país de los que se ubican en lo que algunos han llamado el *norte global*, y eres de clase media, te verás menos afectado que si eres una niña racializada habitante en un país del *sur global*.

En el marco de esta situación desigual e injusta también debemos contemplar otro factor sumamente importante: la responsabilidad. A pesar de que muchos pueblos no han contribuyen prácticamente a la contaminación global, o lo han hecho en una proporción que no llega al 1 % del total, resultan ser, de manera paradójica, unos de los más afectados y vulnerables.

Adicionalmente, hay un tercer factor, independiente tanto de la responsabilidad como de las afectaciones: el tiempo. El tiempo apremia. No disponemos de mucho tiempo como para solamente reflexionar sobre lo que deberíamos hacer. Se ha de hacer, y se ha de hacer lo más pronto posible, pues estamos hablando en terminos de una emergencia, de una urgencia: la crisis planetaria no puede esperar. Y es que

los impactos del cambio climático no serán, sino que son. Ya son millones de personas las que han tenido que migrar debido a la crisis planetaria y muchas las que incluso han muerto en ese mismo contexto. Lo que está en juego es muy grande, son los derechos, la dignidad y la propia vida de las personas.

Esto último nos hace reflexionar respecto a que, en el fondo, la crisis planetaria es una crisis de derechos humanos. En efecto, uno de los derechos más recientemente reconocidos por la Asamblea General de las Naciones Unidas ha sido precisamente el derecho humano a un ambiente limpio, sano y sostenible. Este reconocimiento supone un gran hito; esperemos que lo que haga historia no solo sea el reconocimiento del derecho, sino su aplicación en la vida real.

Asimismo, en su más reciente publicación, el Comité de los Derechos de los Niños de la ONU ha señalado detalladamente que el dilema climático no vulnera únicamente el derecho más obvio a un ambiente sano, limpio y sostenible, sino que también viola derechos como el derecho a la educación, el derecho a la vida, a la supervivencia y al desarrollo, el derecho a la no discriminación, a la libertad de expresión, de asociación y de reunión pacífica, entre otros.

Es por ello que la crisis planetaria tiene profundas e importantes implicaciones en los derechos humanos de los millones de personas que hoy habitan nuestro planeta. Frente al problema se deben dar respuestas y soluciones que tienen que ser tan contundentes y potentes como el propio problema. Estas soluciones deben ser integrales, deben abordarse desde diversos puntos de vista y aspectos de nuestra sociedad, con la finalidad de dar las mejores respuestas adaptadas al análisis que estemos haciendo. Las afectaciones y las soluciones que se consideran desde un punto de vista económico no son las mismas que las que se presentan en un aspecto social; todas están relacionadas, pero no deben interpretarse de igual manera, dadas sus características diferenciadas y sus particularidades.

Entre los ámbitos desde los que podemos abordar la crisis planetaria, hay uno que destaca especialmente: la educación, que no solo es fundamental en el contexto de este artículo si no que, en realidad, es determinante en la manera en que se desarrolla nuestra sociedad.

Tenemos cientos de ejemplos. Entre ellos, algunos de los más representativos los encontramos en las polis griegas. Atenas tenía una educación basada en el cuestionamiento de su entorno y en el amor por la sabiduría, una educación crítica y filosófica. La Escuela de Atenas originó grandes pensadores y filósofos, como Sócrates y Platón. En contraposición a Atenas, Esparta tenía una educación para la guerra, una educación que se dedicaba a preparar a sus niños para la guerra desde que eran pequeños.

Este ejemplo, muy contrastable, nos muestra cómo la intencionalidad de la educación tiene poder sobre la totalidad de la sociedad. Para no ir muy lejos, la crisis planetaria que mencionábamos antes es el resultado de una sociedad que no ha sido enseñada a valorar la vida. Si nos remontamos tan sólo al siglo pasado, hace menos de cien años, la humanidad pasaba por uno de sus momentos más dolorosos e incómprensibles, la Segunda Guerra Mundial, que representa eso, el suceso más lamentable y penoso del que, en mi opinión, la humanidad ha sido autora y responsable directa.

El valor que se le daba a la vida humana por aquellos entonces era muy escaso. Hoy no nos encontramos tan distantes de esa situación, a pesar de que en nuestros días los contextos son muy diferentes a los que existían cuando sucedió esa tragedia. Lo que hoy presenciemos cada vez que se abre un nuevo frente de guerra, es la preocupación mediática y casi inmediata gracias a la globalización de la información. Sin embargo, la mayoría de intenciones que se expresan en las declaraciones de preocupación casi nunca se hacen realidad, quedándose en el papel, mientras crece la desesperación y la desesperanza de aquellos que sufren el dolor de la inacción.

De manera consecuente con lo que he escrito, la educación, por tanto, es uno de los más grandes motores de cambio y generación de esperanza y acción. La labor de quienes educan es una clave para generar conciencia en las futuras y presentes generaciones que se educan. En este momento se justifican las palabras de Nelson Mandela: «La educación es el arma más poderosa que puedes usar para cambiar el mundo».

La educación, aunque no es un arma, sí nos arma de herramientas para enfrentar los desafíos de nuestro tiempo. Necesitamos un modelo educativo que sea adaptable: hoy tenemos el cambio climático como problema, pero quién sabe a qué otro tipo de situaciones nos veremos enfrentados en un mañana. Esa debería ser una primera característica útil de la educación: su adaptabilidad.

La educación y la Academia no pueden ser ajenas a los movimientos sociales que están teniendo lugar en la historia. De hecho, en momentos históricos pasados, la Academia fue impulsora de las ideas “revolucionarias” del Humanismo, que nos llevaron a reflexionar sobre el poder de los dioses y la iglesia y provocaron el paso de una sociedad teocentrista (insostenible para el desarrollo social) a una sociedad antropocentrista, que nos posiciona en el centro del mundo.

Pasaron años y años para que nos dieramos cuenta de que ahora el antropocentrismo, como modelo social, es insostenible si queremos el desarrollo de

nuestra sociedad. Sin embargo, el contexto en el que el humanismo despertó para retirar a la iglesia como principal actor de la sociedad moderna, medieval, antigua, y, en general, del resto de la historia de la humanidad, es muy diferente al contexto en el que hoy despertamos para darnos cuenta de que el antropocentrismo es inviable. Nuestra actual sociedad es mucho más abierta y “liberal” en la forma en la que concibe el mundo. Debemos dar un significado diferente al concepto de desarrollo, a pesar de que siguen y seguirán siendo muchos los que entiendan el desarrollo de manera muy lineal, sin tener en cuenta de ninguna manera los aspectos socio-ambientales que hoy experimenta nuestra sociedad.

Para no pensar de manera lineal –me atravesaría a decir que con una mentalidad cerrada–, debemos dar lugar a conceptos que sean desarrollados no únicamente desde un aspecto económico –si bien el nivel de desarrollo económico es un gran índice del grado de desarrollo en términos generales de una sociedad–, sino teniendo también en cuenta que hay muchos otros factores igual o más importantes que aquel, como la educación. La educación es también un importante indicador de desarrollo humano e incluso nos sirve para medir la prosperidad, al tener en cuenta datos como el acceso, la cobertura y la calidad.

De otro lado, la educación debe contemplar dentro de su desarrollo la participación. Promover una educación participativa nos permitirá hacer que el conocimiento trascienda de las paredes de los centros educativos (muchas veces se ha criticado al sistema educativo precisamente por el hecho de que está diseñado para no trascender). Hablando desde mi propia experiencia, he visto y vivido cómo la educación en ocasiones se convierte en un factor limitante para desarrollar y potenciar las capacidades

de los estudiantes, haciendo todo lo contrario al rol que debe tener. Aquí quiero citar a la catedrática y profesora universitaria Sylvia Sastre i Riba, quien ha utilizado en diversas ocasiones la metáfora de un refrigerador: todos los alimentos que tenemos en un refrigerador o en una alacena se desperdiciarán si no se consumen.

El sistema educativo también debe contemplar ese aspecto del aprovechamiento de las capacidades de los alumnos para fomentar su participación de maneras distintas. Además, esto nos da lugar a recalcar de nuevo la importancia de la adaptabilidad, ya que no todo el alumnado desarrolla sus capacidades de igual manera. Teniendo en cuenta que cada persona está psicológica y físicamente expuesta a entornos diferentes que inciden en su desarrollo personal, la educación ha de analizar cómo cada alumno alcanza sus objetivos de manera diferenciada. En resumidas cuentas, me refiero a la inclusión, y a la obligación de adaptarse a las habilidades que cada uno presente, sin dejar a nadie atrás. Si queremos el cambio, lo hemos de hacer con todos y todas.

La participación, por último, tiene que ver con la necesidad de darle valor a las voces de los estudiantes y de comprender que somos sujetos políticos con capacidad de pensar de manera crítica y de transformar nuestros entornos. Esta noción es difícil en un mundo adultocéntrico que tiene como base la existencia de jerarquías en las ideas dependiendo de quién vengan, y que atribuye a los niños, niñas, adolescentes y jóvenes el legado del futuro, sin comprender del todo, que somos ciudadanos del presente y que nuestra ciudadanía se debe potenciar por medio de los espacios de participación en los centros educativos.

Los niños, las niñas y los adolescentes somos los potentes ciudadanos y ciudadanas del ahora.



Autoría

Francisco Vera Manzanares, nacido en Bogotá (Colombia) y residente en España, es un joven activista ambiental de 14 años, defensor de los derechos humanos y asesor infantil del Comité de Derechos del Niño de Naciones Unidas. En junio de 2013 fue nombrado por UNICEF como primer defensor del medio ambiente y la acción climática para América Latina y Caribe con el fin de promover la educación ambiental y la participación entre niños, niñas y adolescentes.

A los 9 años fundó “Guardianes por la vida”, movimiento formado ahora por más de 450 niños y niñas de América Latina que tiene como objetivo trabajar por la justicia climática y la paz ambiental.

